

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1ª Reyes 19, 16b.19-21): *Unge profeta sucesor tuyo.*

Salmo (15, 1-2a. y 5.7-8.9-10.11): *«Tú eres, Señor, el lote de mi heredad»*

2ª lectura (Gálatas 5, 1.13-18): *Para la libertad nos ha liberado Cristo.*

Evangelio (Lucas 9, 51-62): *Te seguiré adondequiera que vayas.*

Si la palabra “*libertad*” fuera un verbo, se tendría que conjugar siempre en futuro. No es que la libertad no tenga historia, pero se trata de una historia inconclusa. “*¡libertad!*” ha sido el grito de guerra de los hombres y los pueblos que buscaron sacudir la opresión que otros hombres u otros pueblos ejercieron sobre ellos. Ha sido el sueño de esclavos, siervos, campesinos, obreros y muchos hombres que en épocas diversas han sido sometidos de una u otra manera a condiciones inhumanas. Ha sido y sigue siendo el anhelo de quienes se encuentran en cautividad, justa o injustamente.

Como podemos advertir, la libertad entra de lleno en la trama de la historia humana, pero es un asunto que parece no acabar de resolverse satisfactoriamente. Hasta en nuestras pequeñas historias personales seguramente hay más de un episodio en el que pensamos, dijimos o gritamos: “*¡Quiero ser libre!*”. Nos libramos de una u otra forma de opresión para caer en otra. Nos sacudimos de unos dominadores para caer con frecuencia en manos de otros iguales o peores. Rompemos unas cadenas y descubrimos otras nuevas, más pesadas o más ligeras, pero que imposibilitan la libertad completa.

«*Cristo nos ha liberado para que disfrutemos de libertad*». Cuánta emoción hay contenida en este grito de Pablo. Él ha experimentado la libertad que da Cristo y la ha anunciado con pasión, para enterarse de que, apenas ha dejado una pequeña comunidad en busca de formar otra en alguna otra ciudad o región, la que quedó atrás se olvidó de la libertad y se echó encima de nuevo el yugo de la esclavitud. Tenemos miedo a la libertad, pero las palabras de Pablo conservan toda su vigencia: «*Su vocación, hermanos, es la libertad*».

El que utiliza la palabra “*libertad*” como pretexto para darle vuelo a su egoísmo no es libre. Es libre el que ama a su prójimo como a sí mismo. Es libre el que se deja guiar por el Espíritu de Dios. Es libre el que permite que el Espíritu lo saque de su desorden interior. Es libre el que no se contenta con cumplir la Ley, sino que va por la vida haciendo el bien impulsado por el Espíritu.

En el pasaje evangélico de este domingo Jesús se muestra muy exigente. A la primera de las personas que se acerca a él, ilusionada en poder iniciar un camino de seguimiento, Jesús le dice: «*Las zorras tienen madrigueras y las aves nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza*». Parece que lo estuviera desanimando diciéndole algo así como esto: “*Yo me lo pensaría un poco más porque esto no es fácil*”. Jesús no quiere engañar a nadie. En los dos siguientes encuentros es Jesús quien toma la iniciativa y llama: «*Sígueme*». Ninguna de aquellas personas le dice que no, pero ambos le piden un poco de tiempo: el primero para enterrar a su padre y el segundo para despedirse de la familia. Las respuestas de Jesús son duras y nos pueden sonar demasiado exigentes, incluso inhumanas. «*Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios*», le contesta al primero. «*El que echa la mano en el arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios*», le dice al segundo.

¿Por qué Jesús, al que hemos conocido tan humano, tan cercano y sensible a la vida de la gente, se expresa ahora de este modo tan exigente? ¿Acaso está en contra de enterrar a los muertos y despedirse de los seres queridos? Claro que no. Con estas imágenes, tan claras y contundentes, Jesús desea situar a sus discípulos en la novedad y en la radicalidad del Reino. Cuando Jesús llama y le decimos que sí, la vida ya no puede volver a ser la misma que antes de conocerlo. Cuando Jesús llama y le decimos que sí, ya no podemos vivir la vida con otros intereses y valores que no sean los del reino, que no sean los de Jesús.

La palabra “*sígueme*” en labios de Jesús es exigente. Los apóstoles fueron los primeros en escuchar aquella llamada. El evangelio dice que, aquellos hombres, al escucharla «*dejaron las redes y lo siguieron*» (Mt 4,20). «*Sígueme*», sigue diciendo Jesús todos los días. ¡Hoy también! Es una llamada a los cristianos de este momento, a nosotros y a todas las personas que, buscando una luz, una fe, un sentido, un mundo más humano, un amor infinito, desean encontrarse con Él y seguirlo por los caminos del Reino.

¿Tendremos hoy la valentía, cada cristiano, cada uno de nosotros, cada comunidad cristiana y el conjunto de la Iglesia de escuchar su voz y decir “*si*”, de poner la mano en el arado y no mirar para atrás? En cada época, su llamada suena con un tono peculiar y en esta época nuestra, la llamada suena a que hemos de despertar en cada uno de nosotros la luz de la fe en Él, de la confianza en Él, de atrevernos a vivir con un estilo que se parezca al de Él.